

Ejemplo para el cristiano,
Y azote para el rebelde:
A Juan Sepusio Baiboda
A tus plantas reales tienes,
Que desde el campo contrario
A pedirte perdon viene.
Soliman levantó el campo
Por agüeros imprudentes
Que dicen que son valores,
Aunque temores parecen.
Yo erré como hombre mortal,
Y basta que lo confiese,
Perdon pido á tu piedad;
Y pues tan piadoso eres,
Mucho más hago en pedirle
Que tú haces en concederle.
Esta corona dorada
Que en mis valerosas sienes
Estuvo substituida,
Mi amor á tus piés ofrece,

Que corona que fué mía
No es á tus sienes decente.

DON LUIS.

Ya quedaste vencedor,
Ya el gran Soliman se vuelve,
Ya te deja la campaña,
Ya sin herirle le hieres.

DUQUE.

Vence, Trajano, en la paz.

DON LUIS.

Numa generoso vence.

CÁRLOS.

Juan Sepusio, gran Baiboda,
Mis brazos mi amor te ofrece,
Que no hace nada en errar
El que luégo se arrepiente.
Duque de Alba, estas finezas
Estos abrazos conserven.

Marqués, yo estoy bien servido;
Fernando, mi afecto es este;
Don Luis, la señal del premio
Os doy en tan nobles redes;
Leonor, don Luis será vuestro;
Y aquí dichoso fin tiene
El Desafío Imperial.

BUSCARUIDO.

Y aviso á vuestras mercedes,
Que me caso con aquella
Compuesta de dos especies;
Y no hago mal en casarme,
Porque con esto me deje.
El Senado nos perdona,
Si el poeta lo merece;
Hame encargado que os pida
Un vitor, quien le tuviere,
A pagar á otra ocasion;
No hará mucho, aunque le preste.

LOS ÁSPIDES DE CLEOPATRA.

PERSONAS.

CLEOPATRA.
LÉPIDO.
IRENE.

UNA MUJER.
MARCO ANTONIO.
LELIO, *viejo*.

CAIMAN, *gracioso*.
UN SARGENTO.
OCTAVIANO.

OCTAVIO.
LIBIA, *criada*.
Músicos.

JORNADA PRIMERA.

Salen IRENE y LÉPIDO.

IRENE.
Cansado, Lépidó, estás.

LÉPIDO.

Irene, téngote amor.

IRENE.

¿No te hiela mi rigor?

LÉPIDO.

Desdenes encienden más.

IRENE.

¿Y los desaires?

LÉPIDO.

Tambien.

IRENE.

Confíesote que es verdad,
Que á una grande voluntad
La da sazón un desden;
Si cae sobre amor, yo siento
Que es el desaire donaire,
Mas no si cae el desaire
Sobre un aborrecimiento.
Y así, pues tu engaño ignora
Que tu amor aborrecí,
Lo que te encendió hasta aquí
Te puede helar desde ahora.

LÉPIDO.

Pues ya que saber merezco
Que no me quieres...

IRENE.

Deten;

No es que no te quiero bien.

LÉPIDO.

Pues di, ¿qué es?

IRENE.

Que te aborrezco.

LÉPIDO.

¿Ese extremo no es igual?

IRENE.

Diferente viene á ser:
Una cosa es no querer,
Y es otra querer muy mal.

LÉPIDO.

Y, en fin, me dices aquí...

IRENE.

Ya tu oído lo escuchó.

LÉPIDO.

Que no me has querido.

IRENE.

No.

¿Y que me aborreces?

IRENE.

Sí.

Con la amorosa pasión
No pensarán mis agravios

Que lo que hablaban tus labios
Dictaba tu corazón.
Mas la causa he de saber
Por qué aborreces mi nombre.

IRENE.

No puedo querer yo á un hombre
A quien venció una mujer.

LÉPIDO.

Aunque Cleopatra cruel
Me venció, el ser vencedor
No está en manos del valor,
La fortuna da el laurel.
Vencióme, y aún te asegura
Esta verdad inclinada
Que á no vencerme su espada
Me venciera su hermosura;
Que es tan bella...

IRENE.

Ten, que espero

Pedirte, si eres constante,
Que te vengues como amante,
Pero no como grosero;
Que yo no he dicho verás
En este desden primero
Con decir que no te quiero
Que á otro amante quiero más.
Y tu venganza procura
Tanto encender mi tibieza,
Que alabas otra belleza
Galanteando mi hermosura.
Pues refrena tu osadía
Como amante; que no es bien
Satisfacer un desden
Con toda una grosería.

LÉPIDO.

Que á tí te alabo verás
Si lo miras ingeniosa,
Que es hacerte más hermosa
Estarte queriendo más.
¿De alabarla sin amor
Qué ofensa te puedo hacer,
Si esto es darte á tí á entender
Que me pareces mejor?

IRENE.

Yo aborrezco á Cleopatra, ya lo sabes;
Y ni aún poco no quiero que la alabes.

LÉPIDO.

Tú me aborreces.

IRENE.

Tú me desobligas.

LÉPIDO.

Pues ni aún esto no quiero que me di-
De Marco Antonio tengo estos recelos.

IRENE.

Tú eres el que te das á tí los celos.

LÉPIDO.

Que le quieres infiero.

IRENE.

Cortés soy, no te he dicho que le quiero.

LÉPIDO.

Pero tu amor su amor ha preferido.

IRENE.

Es galán, es valiente y entendido.

LÉPIDO.

Con la voz de la fama militante
Tres veces Roma me aclamó triunfante.

IRENE.

Y Cleopatra eclipsar tu luz procura.

LÉPIDO.

[ra.

Es hermosa, y venció con la hermosu-

IRENE.

De grosero otra vez das testimonio.

LÉPIDO.

[nio?

Y tú, ¿por qué alabaste á Marco Anto-

IRENE.

Dices bien, ya lo veo,
Resbalóse la voz por el deseo.

LÉPIDO.

Pues no te cause enojos
Que se fuése mi lengua hácia mis ojos.

IRENE.

[sieres.

No me quieras, y alaba á quien qui-

LÉPIDO.

¿Qué prolijas nacisteis las mujeres!

(Toquen.)

IRENE.

Mas ¿qué clarín esparce poco atento
Las raridades que concierta el viento?

(Toquen sordinas.)

LÉPIDO.

Mas ¿qué sordinas, con acentos graves
Divierten la capilla de las aves?

IRENE.

Triunfante allí un ejército ha ocurrido.

LÉPIDO.

Y otro ejército allí marcha vencido.

IRENE.

¿Oh si el cielo quisiera [fuera!

Que Marco Antonio el que ha vencido
Que aunque es mi hermano César Oc-

[taviano,

Es mi amante primero que mi herma-

LÉPIDO.

[no.

¿Si el cielo ha permitido [cido?

Que Marco Antonio sea el que ha ven-

Que aunque de su amistad tanto me

[obliga,

Es mi dama primero que mi amigo.

IRENE.

[mano.

Marco Antonio es aquel, aquel mi her-

LÉPIDO.

Este que llega es César Octaviano.

IRENE.

Pues supla á mi deseo mi recato;
Llega en buen hora, honor del Triun-

LÉPIDO.

[virato.

Llega á mis brazos, toma,
Llega en buen hora, libertad de Roma.

IRENE.

Mis lazos se prevengan á tus lazos.

LÉPIDO.
El corazon traduciré en los brazos.
IRENE.
Esta fineza en tu valor se estrene.
Salen por dos puertas diferentes, MARCO ANTONIO por el lado de Irene, y OCTAVIANO por el de Lépido.
OCTAVIANO.
¡Oh Lépido!
LÉPIDO.
¡Oh Octaviano!
MARCO ANTONIO.
¡Oh bella Irene!
IRENE.
¡Oh dulce dueño mio!
Móvil que arrastra todo mi albedrio.
¿Cómo vienes?
MARCO ANTONIO.
Venci.
LÉPIDO.
¿Cómo te ha ido?
¿No me responderás?
OCTAVIANO.
Vengo vencido.
IRENE.
Marte lo ha permitido soberano.
MARCO ANTONIO.
Déjame ver á César Octaviano.
OCTAVIANO.
A Antonio quiero hablar.
LÉPIDO.
A mi enemigo.
MARCO ANTONIO.
¿Lépido?
IRENE.
¿Hermano?
OCTAVIANO.
¿Irene? ¿amigo?
MARCO ANTONIO.
¿Amigo?
OCTAVIANO.
¿Qué tristeza á tus ojos ha ocurrido?
MARCO ANTONIO.
De hallarte con insignias de vencido,
¿Qué alegría se ofrece á tu semblante?
OCTAVIANO.
De mirarte con señas de triunfante.
MARCO ANTONIO.
Como hoy á tu valor tu ruina estrena,
Se equivocó mi gloria con tu pena.
OCTAVIANO.
Y como tú has logrado una victoria
Se moderó mi pena con tu gloria.
MARCO ANTONIO.
Agradezco la fe de tu cuidado.
OCTAVIANO. [gozado.
Cuéntame, Antonio, el triunfo que has
MARCO ANTONIO.
Cuéntame aquesa lid sangrienta y fiera.
OCTAVIANO.
Fué desta suerte.
MARCO ANTONIO.
Fué desta manera.
OCTAVIANO.
Ya te acuerdas, Antonio, de aquel día,
Que armados de ambiciosa bizzarria
Fuimos los tres á conquistar el mundo.
MARCO ANTONIO.
Y que tocó á mi acero sin segundo
El Asia.

OCTAVIANO.
A mí la Europa dilatada.
LÉPIDO.
El África á los filos de mi espada.
OCTAVIANO.
Y que los tres con amigable trato
Hicimos este heroico Triunvirato.
Júpiter quiera que felice goce [noce.
La tierra austral que el rumbo desco-
LÉPIDO.
Ya sabes que por suerte ó por estrella
Me venció por el mar Cleopatra bella.
MARCO ANTONIO.
Y que sabiendo tu infelice suerte
Volví del Asia solo á socorrerte.
OCTAVIANO.
Que echamos los dos suertes.
MARCO ANTONIO.
Ya lo digo.
OCTAVIANO.
Que le tocó á mi brazo este castigo,
Que por la mar con ira y osadía
Fuí á rendir á Cleopatra á Alejandria.
MARCO ANTONIO.
Que al Asia me volví.
LÉPIDO.
Que yo corrido
En Roma entónces me quedé vencido.
MARCO ANTONIO.
¿Es esto ansi?
LÉPIDO.
Mi indignacion lo llora.
MARCO ANTONIO.
Pues oye agora.
OCTAVIANO.
Pues escucha agora:
Cuando el alba y aurora, entónces be-
Salen á reconocer á las estrellas; [llas,
Cuando el tardo lucero, sin decoro,
Murmurando está el sol hostezos de
oro,
Y el pájaro de verdes plumas rico
Afila al tronco el argentado pico,
Retoza el can, y la que ruge fiera
Muestra la presa con que al tigre es-
pera;
Chupa el clavel el líquido rocío,
Azota el pez las márgenes del río,
Y en repetido tálamo dichoso
La tórtola se pica con su esposo,
Y la culebra sola
Hondeando la arena con su cola, [che,
Y al asomar del sol temprano el co-
Muda la piel con que esperó la noche;
Partí cortando al mar la verde bruma
En trecientos centauros de la espuma,
Pues volar y correr cada cuál sabe,
Medio cuerpo cristal y medio nave.
MARCO ANTONIO.
La reina, entre las flores peregrinas,
Encargó su custodia á las espinas,
Y Clície, que por Febo se desvela,
Era del campo fija centinela;
Roció el viento con agua destilada
A la luna, hasta entónces desmayada,
Y ella con animosa cobardía
Del desmayo volvió que la dió el día;
Y á una estrella se sale desunido,
Por acecharle al sol dónde se ha ido,
Y porque vuelen graves
Les dió la sombra luz á tardes aves,
Cuando marché con treinta mil solda-
dos,
Seguros todos, porque son pagados.
OCTAVIANO.
Y apenas con descuido diligente

Encargamos las velas al Poniente,
Cuando vapores del cristal sediento
Tramaron nubes que vistiese el viento;
El día oscureció, bramó el Siroco,
Tejióse el sol de nieblas poco á poco,
Erizóse al mar la estéril bruma,
Que es el verde caballo de la espuma,
Variaron descontentos á bramidos
Todos cuatro elementos desunidos;
Sólo la vista á solo el riesgo via,
De mucho armada el oído no oía;
Ya no acierta el gobierno el timonero,
No encuentra con la escolta el marine-
ro;
El más hallado es el que más se ofusca,
Da en el fogon el que la bomba busca;
El padre allí del hijo es enemigo,
No se acuerda el amigo del amigo;
Cuál hubo que á la sombra agradecia,
Por no ver todo el mal que se entendia;
Cuál hubo que el relámpago deseaba,
Por ver aquel espacio que duraba;
Toda mi hueste en una voz se queja,
Pero á ninguno aprovechó la queja;
Y cuál hubo, que al ver no bien mira-
dos,
Cubierto el mar de árboles troncados;
Tan ciego acierta, y tan despierto yerra,
Que al mar saltó pensando que era
tierra.
MARCO ANTONIO.
A mí me ayudó tanto la fortuna,
Que el iman de las aguas, que es la
luna,
Influyendo por todas las estrellas,
Me señaló serenidades bellas.
A la sed que fatiga á mis soldados
Arroyos se desangran por los prados;
Ardiente estío me ofreció á racimos
Ociosa fruta en árboles opimos,
Arbol allí más grato
Ofreció calambucos al olfato,
Y con sonoro y ajustado ruido
Las aves consonancias al oído,
Selva y prados en líquidos despojos
Dieron amenidades á los ojos;
Y como estrella nos influye amiga,
El ocio fué nuestra mayor fatiga;
Y, en fin, como suaves
Nos saludaron las pintadas aves;
El prado, el arroyuelo,
La selva, el monte, luna, sol y cielo,
Sin inconstancia alguna,
No se halló quien creyese que hay for-
tuna.
OCTAVIANO.
Salió el arco de paz, serenó el día,
Y en la playa me hallé de Alejandria;
Salté en Egipto, que es donde idolatra
El sol los otros soles de Cleopatra;
Desembarcamos en la playa apenas;
El llanto se rió con las arenas;
Y aunque en la playa estaba,
La planta aun no creyó lo que pisaba;
Cuando con ira ardiente
Me acomete Cleopatra de repente;
Por la márgen de un río, clara y pura,
¿Quién ha visto con maña la hermosura?
Resistirla procuran mis soldados,
Y moverse no pueden de cansados;
Allí con ira extraña
Se aprovechó de la ocasion la saña;
El alarido y confusion crecia: [fria,
Lo que ántes fué cristal, ya es sangre
Aquel, herido y fiero,
Lidiaba con su mismo compañero;
Desesperado aquel, cuando embestia,
No por matar, que por morir reñia;
Uno allí desangrado
Sangre bebe que aquel ha derramado;
Pero si aquella le desmaya, en breve
Vuelve á alentar con la que el otro be-
be;

Aquel que ni se anima ni acobarda,
Esperando la lid la muerte aguarda;
Huye un soldado sin que el riesgo
[aguarde,
Y le alcanza la muerte de cobarde;
Uno acomete allí más diligente,
Y se busca su muerte de valiente,
Que no se libran de la muerte fiera
Ni el que huye, ni el que embiste, ni el
[que espera.
MARCO ANTONIO.
Yo, con valor, enojo y osadía
Al reino de los Partos llegué un día;
Salió su rey, su vestidura era
De pieles remendadas de pantera;
Sacó eminentes, pero no constantes,
Castillos sobre espaldas de elefantes;
Tal ejército el jóven acaudilla
Que ocupa más espacio de una milla;
Son sus altas trincheras baluartes,
Al sol encubren rojos estandartes;
Mas, dije, como el mundo no me asom-
bra,
«No importa, pelearémos á la som-
bra.»
De noble ira, de ardimiento armada,
Mi gente la embistió desbaratada;
Mis tropas se dividen una á una,
Pero las concertaba la fortuna;
Si en proporcion el Parto acometia,
Su mesma ceguedad le dividia;
De emboscada miré salir airados
Sobre veinte elefantes, mil soldados,
Y aunque iban fijos ántes,
Tienen tal propiedad los elefantes
Que si tropiezan, sea del peso ó pena,
No pueden levantarse del arena;
Y es preciso, si quieren ir delante,
Que el mismo que los guia, los levante;
Pues cuando me buscaron
En un reducto que hice, tropezaron;
Y como el que primero acometia
Levantarse á si mismo no podia,
Quedaba entre el arena sepultado
A un tiempo el elefante y el soldado.
OCTAVIANO.
Sobre un caballo, pájaro sin pluma,
Que á nado pasó el golfo de su espuma,
Que cuando al freno su altivez sujeta,
Irritado á la voz de la trompeta,
Alzó tanto al pisar las peñas duras
Que él mismo se miró las herraduras,
Salió Cleopatra, más divina aurora,
Animando su hueste vencedora;
Retirarme otra vez al mar procuró
Y menos de las aguas me aseguro;
El soldado, que auxilios procuraba,
Por saltar en el barco en el mar daba;
Y cual entre uno y otro grave empeño,
Se arroja al mar sobre tronchado leño;
Recojo algunos que morir quisieron,
Y de ser desdichados no murieron.
MARCO ANTONIO.
Al Parto venzo, y viéndome triunfante,
Su rey me llama el Asia militante.
OCTAVIANO.
Surco el Mediterráneo, á Roma llego
Rendido de Cleopatra. (Ap. ¡Ah dulce
MARCO ANTONIO. [fuego!
Las aves me repiten la vitoria,
Los bronces la dedican á la historia.
OCTAVIANO. [ras
Acuérdanme entre aquellas peñas lie-
Mi ruina negras aves agoreras.
MARCO ANTONIO.
Llego á verte, y hallándote vencido,
Yo me parece que el vencido he sido.
OCTAVIANO.
Hállote, y comó el Asia has sujetado,

Yo presumo que soy el que he triunfa-
do.
MARCO ANTONIO.
Tu voz por todo el orbe se derrama.
OCTAVIANO.
Tú eres el que da lenguas á la fama.
MARCO ANTONIO.
Para que las edades sean testigos
De que somos los dos fieles amigos.
OCTAVIANO Y LÉPIDO.
Y al rendir sus provincias una á una,
Préstanos, Marco Antonio, tu fortuna.
MARCO ANTONIO.
Si haré, César Octaviano,
Y vive el móvil primero,
A cuyo natural curso
Se arrastran estotros cielos,
Que ha de estrenarse Cleopatra
En las iras de mi acero,
Aunque embotados de herir
Tenga sus filos sangrientos.
Marchad otra vez, soldados;
Ea, á vengar, compañeros,
La sangre de los romanos
Que ha teñido el mar Tirreno.
Ea, á Alejandria, soldados,
Y pésame que es empeño
En vencer una mujer,
Cuando á tantos reinos venzo.
Lépido, si tu desdicha
Te ha vencido, y no tu esfuerzo:
Octaviano, si tu estrella
Te ha vencido, y no tu aliento;
Yo, que soy vuestra fortuna,
Vengar á los dos prometo
Antes que al ocio le encargue
Este no vencido acero.
Sólo descanso en la lid;
Ea, á descansar marchemos;
Alto, á embarcarnos, amigos;
Aten al mar con sus remos
Para sembrarle de sangre
Esos inconstantes leños;
Ea, á vencer á Cleopatra,
Este encanto descifremos,
Que no ha podido el valor
Ver, siendo mucho, estar ciego.
Adios, César Octaviano.
(Hace que se va.)
OCTAVIANO.
Espérate, que primero
Te he de cumplir la palabra
Que te he prometido. Al tiempo
Que al Asia fuiste, ya sabes
Que fué de los dos concierto,
Que si vienes de la guerra
Vencedor, te dé por dueño
A Irene, mi hermosa hermana;
Tú has vencido ya, y supuesto
Que haces tú por mí lo más,
Que es vengarme, yo pretendo
Barte, pues me está tan bien,
A mi hermana, que es lo ménos.
Irene, dale la mano.
LÉPIDO.
Echas á perder con eso
Nuestra venganza, Octaviano.
¿Vesle que airado y sangriento
Se irrita de nuestro agravio,
Y á tu ruina desatento,
Cuando le hallas diligente
Le solicitas suspenso?
Déjale vencer ahora,
Que estorbar es desacierto
Las atenciones de Marte
Con las delicias de Vénus.
MARCO ANTONIO.
Los dos decís bien, amigos,
Y así, tomando el consejo
De Lépido y Octaviano,

El favor agradeciendo,
Doy la mano y no la doy.
Bella Irene, ya soy vuestro;
Pero ántes que en esos lazos
Se suspenda este ardimiento,
Y ántes que pague amoroso
Deudas de consorte al lecho,
He de vencer á Cleopatra,
Con que cumplo á un mismo tiempo,
Quedando por dueño suyo
Y yendo á vengaros luego
Con el duelo de amistad
Y de mi amor con el duelo;
Tuyo soy, Lépido, amigo.
LÉPIDO.
¿Qué dices? ¿De celos muero!
MARCO ANTONIO.
Que avises á mis soldados
Que á marchar estén dispuestos,
Que al África he de embarcarme.
LÉPIDO.
Tus órdenes obedezco;
Vénguem el cielo de tí. (Vasc.)
OCTAVIANO.
¿Bella Irene?
IRENE.
¿César nuevo?
OCTAVIANO.
Déjanos solos, que hablar
A Marco Antonio en secreto
Conviene á un cuidado mio.
IRENE.
Si tanto importa ya os dejo;
Ménos valiente quisiera
Y más amante á mi dueño. (Vasc.)
OCTAVIANO.
Ya estamos solos.
MARCO ANTONIO.
Sí, amigo.
OCTAVIANO.
Ninguno nos oye.
MARCO ANTONIO.
Es cierto.
OCTAVIANO.
Pues salga al oído tuyo
Todo en voces mi silencio.
MARCO ANTONIO.
¿Qué dices? Dime tu mal.
OCTAVIANO.
¡Oh, pluguiera á mi deseo
Que en mi lengua y en su voz
Cupiera mi sentimiento!
MARCO ANTONIO.
No esté cobarde tu pena.
OCTAVIANO.
¿Cómo quieres tú que á un tiempo
De una grande cobardía
Se informe tu atrevimiento?
MARCO ANTONIO.
¿Cobardía? ¿Qué? ¿Has huido?
¿Volviste la espalda al riesgo?
OCTAVIANO.
Mayor mal.
MARCO ANTONIO.
No puede ser.
OCTAVIANO.
Oye y sabrás el suceso.
Amigo, yo vi á Cleopatra...
MARCO ANTONIO.
Tente, que has dicho más presto
De lo que explicarlos quieres
A todos tus pensamientos.
¿Te aficionó su hermosura?
Responde.

OCTAVIANO.
¡Pluguiera al cielo!
Que la afición no es amor.

MARCO ANTONIO.
¿Qué es?
OCTAVIANO.
Un tibio deseo,
Que está pintado en el alma
Al temple de los afectos,
A quien cualquiera accidente,
Sea de tibieza ó celos,
Con ser los que le hacen más
Le templan en ser lo ménos.

MARCO ANTONIO.
¿Pues qué tienes?

OCTAVIANO.
Tengo amor,
Que está al olio tan impreso
En el corazón, adonde
Fué toda afición bosquejo,
Que no le podrá borrar
El pintor más sabio y diestro,
Ni de los celos las sombras,
Ni de la ausencia los léjos;
Yo vi á Cleopatra divina
(Como te dije primero),
Y mis ojos navegaron
Las ondas de su cabello;
Aneguéme en su hermosura,
Y dije al ver sus luceros:
¿Cómo causan la borrasca
Los que influyen tan serenos?
¿Ay de mí! que ya no soy
Ni puedo ser aquel mismo
Que burló como dormido
Lo que lloró como ciego;
Venciéme, y enamoréme,
Pero no hizo mucho en eso,
Que me rindió el corazón
Y es él el que da el esfuerzo;
Tú eres mi amigo y mi hermano,
Tú partes agora al reino
De Cleopatra á conquistar
Los imposibles de un cielo;
Tú eres dichoso, yo soy
El más infeliz extremo
De la fortuna inconstante;
Tanto, que en las lides hecho
A perder con mi fortuna
Cuanto emprendo con mi acero;
A ti todas las estrellas
Te favorecen; yo tengo
Por tres enemigos míos
A Júpiter, Marte y Venus;
Y, en fin, soy tan infeliz
Que me he enamorado: en esto
Conocerás mi fortuna;
Y así, noble amigo, puesto
Que eres dichoso, hazme tú
Feliz: conquistame el cetro
De Cleopatra, sol de Egipto;
Vé á conquistarme el imperio
De sus ojos, á quien paga
El dios de la venda feudo;
Si la vences con tu dicha;
Quédate tú con su cetro,
Y parte luégo conmigo
Su hermosura; yo no puedo
Lograrme por mí esta dicha,
Tenme lástima, que llevo
A hacer las lágrimas voces,
Y hacer ojos sus acentos;
Vence, y logre yo sus rayos,
Y pues ha sido concierto
Partir los dos, como amigos,
Del mundo todos los reinos,
Tómame tú todo el mundo,
Y dame á Cleopatra en premio,
Porque vale más Cleopatra

[los.
Que el mundo, aunque entren los cie-

MARCO ANTONIO.
Con sentir verte vencido,
No es eso lo que más siento,
Sino que pueda en tí más
Tu amor que un vencimiento;
Tú que das voz á la fama,
A las edades ejemplo,
¿Has de ser de un ciego dios
Índigno y extraño objeto?
Templa, templa esas pasiones.

OCTAVIANO.
Amigo Antonio, no puedo.
MARC ANTONIO.
¿Tú con ojos en las lides?
¿Y tú en las delicias ciego?
¿Tú enamorado?

OCTAVIANO.
¿Pues tú
No tienes amor?

MARCO ANTONIO.
Confieso
Que á Irene, tu hermana, adoro,
Ya por mi esposa y mi dueño;
Pero es amor tan templado
Que á vengarte voy resuelto
Por no embarazar mi ira
Con mi amor; luego es primero
Todo este valor que irrita,
Que todo este amor que templo.

OCTAVIANO.
Como ya es Irene tuya
Estás templado.

MARCO ANTONIO.
No es eso,
Sino que es ofensa mía
La que es de los dos, y quiero,
En dos extremos tan grandes,
Valor y amor, que sea ménos
Amor, que es extremo y vicio,
Que valor, virtud y extremo.
Convéncete.

OCTAVIANO.
No es posible.
MARC ANTONIO.
Indigna el valor.

OCTAVIANO.
No acierto.
MARC ANTONIO.
¿Y la adoras?

OCTAVIANO.
No es humana.
MARC ANTONIO.
¿No hay remedio?

OCTAVIANO.
No hay remedio.
MARC ANTONIO.

Pues supuesto que te miro
Incapaz de mi consejo,
Y pues tú no puedes más
Contigo, y tampoco puedo
Faltar á la obligacion
Que á mi fe y mi sangre debo,
Yo te entregaré vencido
Ese aparente portento
Que le han fingido imposible
Los entes de tus deseos.
Partid al puerto, soldados;
Octaviano, yo prometo
De no volver á la Europa
Sin que á tí, rey verdadero
De la otra mitad del mundo
Que con mi espada granjeo,
Traiga para eterna fama
La gran Cleopatra por feudo.

OCTAVIANO.
¿Eres mi amigo?

MARCO ANTONIO.
Y tu hermano.

OCTAVIANO.
Y, en fin, ¿prometes de nuevo
Que será mía Cleopatra
Si la vences?

MARCO ANTONIO.
Al sol mismo
Pondré á tus plantas.

OCTAVIANO.
Mis brazos
Son de tus lealtades premio.

MARCO ANTONIO.
Quédate.
OCTAVIANO.
El cielo te guarde.

MARCO ANTONIO.
¿Pues tú
Mira, amigo, que recelo...

MARCO ANTONIO.
Fortuna tengo y valor.

MARCO ANTONIO.
Recelo...
MARC ANTONIO.
No tengas miedo.

OCTAVIANO.
Que Cleopatra...

Salen IRENE y LÉPIDO por dos
puertas.

IRENE.
Ya otra vez
Al ruido del metal hueco
Se conciertan tus soldados.

LÉPIDO.
Ya al són de Marte sangriento
Templadas las cajas tocan
A marchar.

MARCO ANTONIO.
Ea, marchemos,
Hijos míos.—Bella Irene,
Dame los brazos.

IRENE.
En ellos
Quisiera dejarte el alma.
(Abrázanse.)

MARCO ANTONIO.
Yo vendré á adorarte.

IRENE.
El cielo
Te vuelva á Europa.

MARCO ANTONIO.
Él querrá
Que goce tus brazos presto.—
Lépido, adios.

LÉPIDO.
El te traiga
Tan presto como deseo.

OCTAVIANO.
Mira que me das palabra...

MARCO ANTONIO. (A la puerta.)
No acuerdes lo que te ofrezco;
La lealtad tiene memoria.

IRENE.
Advierte, esposo, que temo...

MARCO ANTONIO.
No temas.

IRENE.
Quiérote bien.
MARC ANTONIO.
Pues advertid, que si dentro
De un año no hayan venido
Señas de mi vencimiento,
Es que el valor y fortuna

Se han trocado tan adversos
Que él la ha influido desdichas
Y ella amenaza los riesgos.
¿Y me ireis á socorrer?

LÉPIDO.
Yo lo juro.
OCTAVIANO.
Yo lo ofrezco.

IRENE.
Y yo he de ir á acompañarlos.

MARCO ANTONIO.
Esto admiro.
OCTAVIANO.
Esto concierdo.

(Ap. Dale laureles, fortuna.)
IRENE.
Volvedle á Europa, deseos.

MARCO ANTONIO.
Traígame el cielo triunfante.

LÉPIDO. (Ap.)
No vuelvas ruego á los cielos.
(Vanse.)

Salen CAIMAN.

CAIMAN.
Yo soy un pobre romano,
Que vino sin cobardía
Al reino de Alejandria
Con el César Octaviano;
Y en la batalla despues,
Viendo que con los gitanos
No me valian las manos,
Me aproveché de los piés;
Pero yo estoy satisfecho,
Que huir, como hombre mortal
Luégo, luégo, hace gran mal,
Despues, despues, gran provecho;
Que queda un hombre corrido
Dice el vulgacho malvado;
Mas al huir me he quedado
Como si no hubiera ido;
Dijeme Octaviano fiero
De su ruina en el afán:

—Di, ¿por qué huyes, Caiman;
Y yo dije: —Porque quiero;
—Si mueres, dijo, es muy cierto
Que tu fama el orbe aclama;
—¿Y qué he de hacer con la fama,
Le dije, despues de muerto?—
Señores, ¿no es necesidad
Que haya hombre de tal suerte
Que se deje dar la muerte
Por tener posteridad?
¿Por dar líneas á la historia
Haya quien llegue á lidiar?
¿Que se éntre un hombre á matar
Por dejar grande memoria?
Hombre, á tu valor incierto
El engaño te apercibo;
¿No hay quien se acuerde de un vivo,
Y quiere memoria un muerto?
Ahora volvamos al caso:
En la lid sangrienta y dura,
Deste monte en la espesura
Me escapé paso entre paso;
Volviéronse los romanos,
Pero aunque en Alejandria
Se quedó mi cobardía,
No me conocen gitanos;
Pues estoy pobre, yo quiero,
Ya que no soy buen soldado,
Buscar un oficio honrado
Que me valga algun dinero;
¿Seré sastre? es devocion
Ser sastre muy abatida,
Que he de andar toda la vida
Acuestas con el pendon.
¿Aljebista? voy errado;

Salen LIBIA.

LIBIA.
Justicia venga del cielo
Sobre la reina Cleopatra.
Apelaré del rigor
Con que al precepto me irrita,
¿Que haya mandado en Egipto,
Que no haya quien tenga amor?
¿Que con su casta pureza
La cruel Cleopatra intente
Derogar por accidente
Lo que obra naturaleza?
Si con ser irracionales
En la tierra y mar mejor,
Se tienen tambien amor
Peces, plantas y animales.
Desde que há que todos ven
Este precepto importuno,
No encuentro hombre ninguno
Que no me parezca bien.
Con dos mil faltas escojo
A todos, tan torpe soy,
Que tras un tuerto me voy
Porque me hace del ojo.
Y cuando llegue á faltar
Un tuerto, que querré advierto
A un calvo, con ser bien cierto
Que no le puedo pelar.
A un lindo mi tema rara
Le pone ducientos nombres;
Si es feo, digo: los hombres
No han de tener buena cara.
Si un chiquito hallo en la calle,
Digo: aqueste me merece;
Si un largo: ¿qué bien parece
En los hombres un buen talle!
Y de tal suerte se ven
Mis ansias, porque me asombre,
Que me vengo tras este hombre
Porque me parece bien.
¿Que nuestra reina aperciba,
Porque su virtud se crea,
Que la que adúltera sea

La saquen á quemar viva!
¿Y que otra ley nos advierta,
Porque el riesgo se repare,
Que la que se descuidare
La saquen á quemar muerta!
Señores míos, protesto
Que me endiablo ó enquillotro,
¿Qué les queda para esotro
Si queman aquí por esto?
Esta sujecion cansada
Más á mi deseo aumenta;
Viva yo agora contenta
Y muera despues quemada.
Pero tengo tal estrella
Que no ha de quererme creo.

CAIMAN. (Ap.)
Mujer es esta, y deseo
Parecer hombre con ella.

LIBIA. (Ap.)
Yo me llevo.
CAIMAN. (Ap.)
¿Hay tal menguado!

¿Qué tardo? Quiero llegar.
LIBIA. (Ap.)
Aunque me hayan de quemar.
CAIMAN.
Sea Júpiter alabado.

LIBIA.
Por siempre, y pase adelante;
Pues ya en la ocasion me veo.
CAIMAN.
¿Habrá un poquito de empleo
Para un amor vergonzante?
LIBIA.
No faltará.
CAIMAN.
¿Qué piedad!

LIBIA.
Llegue y no tenga recelo;
Acérquese, hermano.
CAIMAN.
El cielo
Le pague la caridad.
LIBIA.
Tome. (Dale la mano.)
CAIMAN.
Págueme Cupido;
De hambre sólo la tomo,
Tres meses há que no como
Bocado de lo que pido;
Ya que en amoroso lazo
Tan piadosa os alargais
Que un poco de mano dais,
Dadme un bocado de un brazo.
LIBIA.
Tómele. (Abrázale.)
CAIMAN.
¿Qué alma tan pia!

LIBIA.
Yo soy una pecadora;
Oyeme, hermano.
CAIMAN.
¿Señora?
LIBIA.
Véngaseme acá otro día.
(Ap. Más á quererle me incito.)
CAIMAN.
Dígame, ¿por qué razon?
LIBIA.
Hermano, la privacion
Es causa del apetito.
CAIMAN.
Su fineza he de estimar;
Seré su amante muy fiel.

Ruego al cielo que por él
No me saquen á quemar.

¿Quemar?

Es ley promulgada
Contra el humano apetito.

Si ello es despues del delito,
Quémante, no importa nada.
¿Y en el castigo se encierra
El hombre tambien?

¿Sólo á las mujeres?

No me voy yo desta tierra.

Con pasiones tan erradas,
¿Cómo á amarme te acomodas?
Respóndeme.

Las deseo ver quemadas.
Y el quererte ahora, es
Segun de la ley confío...

Dime, ¿por qué? Caiman mio!

Porque te quemen despues.

¿Plaza, plaza!

Que está del mar á la orilla,
La Reina entra.

Del mundo es este teatro.
Ya digo que no te quiero.

Yo desde hoy te he de querer,
Que espero que te he ver.

¿Adónde?

En el quemadero.

Salen CLEOPATRA, LELIO, de barba,
SOLDADOS y ACOMPAÑAMIENTO de hom-
bres.

Reina de Egipto, sol de Alejandria,
Luz que escribe en la luz que pauta el
[dia,

Comparacion tú sola á tu grandeza,
Símbolo sola tú de tu pureza;
Que el ser tan generosa
Te hace que parezcas más hermosa;
Excepcion de la regla, aun no creida,
Pues no eres fea y eres entendida,
Que del amor burlaste los engaños,
Prudente sin la costa de los años.
Hoy, que de escamas rústicas platea-
[dos

Los peces de tus lucas deslumbrados
Salen del mar, que tu verdad serena
Hasta quedarse en seco en el arena.
Hoy, pues, que al permitir tus rayos
[rojos

Las águilas peligran en tus ojos, [vos
Cuando hidrópicos llegan sus desma-

A beberse el concurso de tus rayos;
Hoy, que conoce la teñida rosa...

Detente, no me alabes por hermosa;
En vano, Lelio, á mi beldad prefieres;
Alaba mi valor, si alabar quieres,
Y no antepongas cuando yo te asombre
Indicios de mujer á señas de hombre.
¿Yo no he vencido á Lépido el romano?
¿Yo no teñí de espumas el mar cano?
¿Yo de sus popas, árboles y quillas,
No he fabricado túmulos de astillas?
¿Yo no vencí á Octaviano en esa playa,
Que aunque se enoje, el mar le tiene
¿Yo no dejo grabada [á raya?
En la testa de hueso flecha alada
Al venado, que es, sin dar engaños,
Rústico coronista de sus años,
Pues para que los lea el que los cuenta
Se imprimen los instantes en la frente?
¿Yo á Marco Antonio, á quien el Asia
[aclama,

Ese, de quien es voz toda la fama,
A que venga no espero
A estrenarse en los filos de mi acero?
¿Pues este vencimiento, esta grandeza,
Débese á mi valor ó á mi belleza?
¿No los venció mi espada? Si, ella ha
[sido;

Pues si mi espada es la que ha vencido
Y mi hermosura no, que no es segura,
No alabes desde hoy más á mi hermo-
[sura.

¿Quién puede haber que sea tan osado
Que diga que á mis ojos se ha inclinado?
¿Que si alguno me diera esos enojos,
Yo misma me sacára á mi mis ojos!
Si esta alma que á mi me anima rara,
Del sol, con ser deidad, se aficionára
Dél mismo al contemplarle
Me dejára cegar por no mirarle.
¿Oh, quién trocará el sexo recibido!
De una mujer me pesa que he nacido,
Por ser mujer, que á ser flaqueza toca;
¿Oh, si hubiera nacido de una roca!

Sentarte agora puedes, [des,
Que pues es dia hoy de hacer merce-
Pues con aplauso, que serán tus glorias,
Celebra Alejandria tus victorias,
Que renueves te digo
Al perdon los preceptos del castigo.

Cualquier delito mis piedades crea,
Como el romper la castidad no sea.

En estos dos empezemos
Que has de sentenciar agora.

¿Quién son esos dos?

Señora,
Dos prodigios, dos extremos;
Uno está preso, porque
Es tan tierno ó es tan blando,
Que está siempre enamorado
A cuantas mujeres ve;
Y otro quiere pretender
Premios, que es justo que pida,
Y es de que en toda su vida
Nunca ha hablado con mujer;
Este pide que te obligues
Desta obediencia.

Está bien.

Y el otro pide tambien...

¿Qué pide?

Que le castigues.

¿Extremo notable ha sido!

Que esto está probado infiere.

En fin ¿uno á todas quiere,
Y otro á ninguna ha querido?

El premio y castigo libre
Igual de justicia el peso.

Pues soltadme al que está preso,
Y prendedme al que está libre;
Que si ese quiere una á una
A todas juntas, se infiere,
Que, pues á todas las quiere,
No tiene amor á ninguna;
Y por evidente ten,
Aunque tu engaño lo ignora,
Que ese que á ninguna adora,
Es que á alguna quiere bien;
Pues perdone mi grandeza,
Y castigue mi porfia
Del uno la hipocresía
Y del otro la flaqueza.

Prosigo por éste.

Un hombre de baja suerte
Está condenado á muerte,
Porque dice mal de ti.

¿Qué dice?

Ahora lo sabrás:
Que eres, dice el maldiciente,
Generosa solamente
Porque se diga que das;
Y despues desta malicia,
Con nueva temeridad,
Que sólo es en tí crueldad
Lo que parece justicia;
Que eres soberbia, impaciente,
Que eres vana, codiciosa,
Y que el nacer tan dichosa
Te hace parecer valiente.

¿Hay atrevimiento igual?
Y dime, Lelio, tambien
Si dice de alguno bien.

No hay de quien no diga mal.

Pues yo revoco esa pena
Por lo que á todos me iguala,
Que era señal de ser mala
Si dijera que era buena.
Soltadle, y logre esta suerte,
Pero en esto se repare,
Que al punto que me alabare,
Mando que le den la muerte.
Porque en un extremo tal
No me estaba bien aqui
Que hable sólo bien de mi
Quien de todos habla mal.

Señora, si así librais
El perdon para la ofensa,
Si cuando el castigo piensa
Al que murmura premiais,
Por Júpiter, vuestro dios,

Os suplica mi cuidado,
Que me admitais por criado,
Que yo diré mal de vos:
Que me recibais confío.

¿En qué oficio?

Si es razon,
Pido que me hagais bufon.

¿Por qué?

Porque soy muy frio.

¿De dónde sois?

Soy romano,
Y ser gitano querría.

¿Quién os trujo á Alejandria?

¿Quién? el César Octaviano.

Y en la batalla se ve
Que os perdisteis.

Al principio me perdi,
Pero á la postre me hallé.
Huí de tí, y en Egipto
Escondido he estado.

¿Cómo huiste?

Con los piés.

¿Sereis gallina?

Un poquito.

Sale UNA MUJER tapada.

La mujer que ves está
Sentenciada á quemar.

¡Palo!

Con un hombre, su amor ciego
Tus preceptos ha violado;
El delito está probado.

Pues ejecútese luego.

Si estas lágrimas que lloro
Pueden templar tu rigor,
Sabe, que él me tiene amor
Al paso que yo le adoro.
Y acúsele tu piedad
Este error escandaloso,
Que con palabra de esposo
Le entregué mi voluntad.
A que me la cumpla guarde
La piedad que en tí se espera.

¿No aguardarais que os la diera?

Ya me la ofrece.

Que la perdoneis os digo,
Que ha de parecer muy mal,
Por ser mujer principal,
La infamia deste castigo.

Otro castigo, otra pena.
Moderad, reina piadosa.

De esa campaña espaciosa
De flores y áspides llena
Dos áspides aplicada,
Y en sus alevosos brazos
Tengan ponzoñosos lazos
Que indicios de mi crueldad
La alijan con tal dolor,
Que se reduzga mortal
En ponzoña irracional
La ponzoña del amor.
Esta sangre de amor ciego
Este tormento de sangre,
Sea mi castigo la sangre,
Pues no quereis que sea á fuego.

El cielo, puesto que muero,
Con justicia soberana,
Permita, reina tirana,
Que te mate un áspid fiero.
Y tambien llevo á pedir,
Que por más sangrienta espada
Mueras tan enamorada
Como yo voy á morir.

Esa desdicha no espero
Pues con justa causa mueres.

Y si algun hombre quisieres,
Se dé muerte con su acero.

Véte.

El cielo te maldiga,
Véngume el cielo de tí.

Yo vivo segura en mi.

Y otra vez pido, enemiga,
Que pruebes tanto el dolor,
Que antes que yo en esta suerte
Pruebe efectos de la muerte,
Pruebe efectos de amor;
De tí seas escarmiento,
Y tengas como yo el fin.

¿Mas qué sonoro clarín
Rompe la region del viento?

Vuelve los ojos á la mar serena,
Verás su playa de bajeles llena,
Ducientos y más naves,
Peces del aire y de la espuma aves,
Con no seguro paso
Vienen cortando al mar el azul raso;
Un pájaro de pino en vez de pluma
Hace de azul cristal nevada espuma,
Son sus flámulas bellas carmesíes,
Sus árboles se engastan de rubíes;
Del ébano que al sol la cara empache,
La popa trae relieves de azabache;
De bronce el espolon que le asegura,
A quien supo bordar la arquitectura;
Y trae, porque la tenga el sol decoro,
Palamenta de plata y timon de oro.

Ya en el mar cristalino
Las abatió de enfermo lino.

Ya el áncora á su curso alado enfrena,
Fiada á la constancia de la arena.

Ya un hombre en nuestra orilla se ha
¡Llega á mis iras, infeliz soldado!

De paz es la bandera que despliega;
Llega, infeliz soldado.

Llega, llega,
Y pues de tu valor das testimonio,
Di, ¿quién eres, soldado?

MARCO ANTONIO. (Dentro.)
Marco Antonio.

Temor de oír su nombre he recibido,
Y esta es la vez primera que he temido;
Pero es valor este temor primero;
Echar el velo á mi hermosura quiero;
Que pues mi espada el triunfo me ase-
[gura,

No quiero que le venza mi hermosura.

Llega, romano.

¡Toda soy de hielo!
(Échase el velo en la cara.)

Sale MARCO ANTONIO.

Guarde, Cleopatra, tu hermosura el
[cielo.

Vete, Caiman.

Obedecerte intento. (Vase.)

Véte, Lelio.

Si irá. (Vase.)

Tomad asiento.
(Siéntanse sin mirarse.)

MARCO ANTONIO.

Cleopatra valerosa,
Segun dice la fama, muy hermosa,
Que es lo que agora ménos te asegura,
Pues yo no he de rendirme á tu her-
[mosura;

Reina de Egipto, no como solía,
Porque hoy ha de ser mia Alejandria.
Yo vengo, así una ofensa restituyo,
A llevarte á mi reino por el tuyo.

MARCO ANTONIO.

Dióle sepulcro el mar á ochenta naves.

A Octaviano venció mi brazo airado.

El se dejó vencer de enamorado;
Tus ojos, me contó que le rindieron.

Pese á mis ojos si ellos le vencieron;
(Levántanse.)

¡Viven ellos, que al sol causan enojos,
Que no te he de enseñar á tí mis ojos,
Porque al verte vencido,
No digas que mis ojos te han rendido!